

NO SOBRESTIME LA RECUPERACIÓN DEL COVID-19

Project Syndicate

Escrito por: Eswar Prasad¹

Puede consultar la versión original [aquí](#)

En este punto de la crisis del COVID-19, los gobiernos solo tienen una buena opción: mayores estímulos fiscales agresivos, complementados con estrategias coherentes de contención del virus. Sin estas políticas, la demanda y la confianza permanecerán moderadas y el crecimiento mundial seguirá vacilando en el futuro.

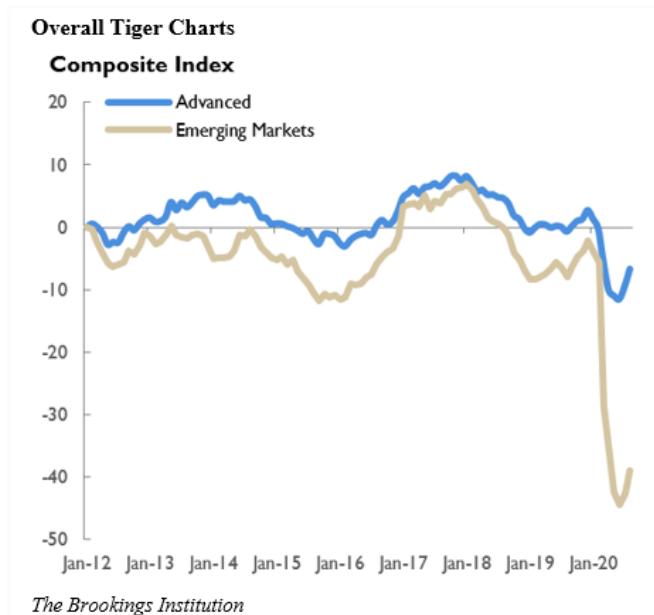
La economía mundial se ha elevado desde las profundidades de la caída inicial del COVID-19. Pero la recuperación ha sido tibia, desigual y frágil, y es probable que lo siga siendo en el futuro previsible.

Empecemos con las buenas noticias. El comercio mundial de mercancías se ha recuperado con fuerza, en consonancia con los indicios de una reactivación de la demanda de bienes de los hogares en muchas economías, aun cuando las restricciones de salud pública y las preocupaciones de los consumidores siguen obstaculizando la demanda de servicios.

Además, los mercados financieros se han mantenido sorprendentemente bien, y las bolsas de valores de muchos países han recuperado o incluso superado los niveles prepandémicos. A pesar de las tasas de interés cercanas a cero, los sistemas bancario y financiero parecen en gran medida estables. Y la demanda industrial y de consumo ha impulsado los precios de las materias primas, e incluso los precios del petróleo se han recuperado algo.

Pero tal y como las actualizaciones de los últimos índices de seguimiento para la Recuperación Económica Mundial (TIGER) del del Brookings- Financial Times, muestran, muchas economías están experimentando esencialmente ningún crecimiento, o incluso se están contrayendo. Con la confianza del sector privado agotada y la lucha por contener el virus lejos de terminar, los riesgos de cicatrices económicas sustanciales y duraderas están aumentando.

¹ Eswar Prasad es profesor de política comercial en la Escuela de Economía Aplicada y Gestión Dyson de la Universidad de Cornell y miembro senior de la Brookings Institution. Es el autor de *Gaining Currency: The Rise of the Renminbi*.



Esto es cierto incluso en las economías que han vuelto a crecer, como Estados Unidos. De alguna manera, Estados Unidos parece haber doblado la esquina. La actividad industrial y el mercado laboral han recuperado algo de terreno perdido. La tasa de desempleo está cayendo y los niveles de empleo han aumentado.

Pero el desempleo sigue siendo significativamente más alto y el empleo significativamente más bajo que antes de la pandemia. El aumento del desempleo de larga duración, junto con las continuas perturbaciones del sector de servicios, presagia un camino difícil hacia una recuperación más sólida y sostenida.

No ayuda que las medidas de estímulo fiscal hayan caducado en gran medida y que las negociaciones sobre un nuevo paquete de ayuda se hayan interrumpido repetidamente. A medida que ha disminuido la renta disponible de los hogares, el crecimiento del consumo privado se ha debilitado. Del mismo modo, la inversión empresarial sigue contrayéndose, una tendencia que no augura un crecimiento sostenido.

Incluso los mercados de valores, que experimentaron un fuerte repunte a principios de año, parecen estar tomando un respiro. Esto puede reflejar preocupaciones sobre la estrategia de contención de virus (o la falta de ella) que está siguiendo la administración del presidente de Estados Unidos, Donald Trump. En cualquier caso, a medida que se acercan las elecciones presidenciales del próximo mes, es probable que una mayor incertidumbre política y de políticas mantenga en silencio la confianza de los consumidores y las empresas.

La eurozona está en peor forma. La pandemia no solo ha diezmando el crecimiento a corto plazo; la deflación se está instalando, lo que aumenta el riesgo de una contracción profunda y prolongada. Si bien la fabricación en Alemania y en otros

lugares se ha recuperado, los efectos positivos se compensan con creces por la persistente caída de los servicios, reforzada por las actuales restricciones de salud pública.

En cambio, el sector de servicios del Reino Unido ha experimentado una reactivación. Sin embargo, la combinación de políticas de bloqueo erráticas y las incertidumbres de gran alcance que rodean al Brexit están contribuyendo a una contracción económica continua. Mientras tanto, al otro lado del mundo, Japón también se encuentra en grave peligro económico, aunque hasta ahora ha evitado volver a caer en la deflación.

A la mayoría de las economías de mercados emergentes tampoco les ha ido bien. India está experimentando una fuerte desaceleración de la actividad económica, que podría verse agravada por una aceleración devastadora en los casos de COVID-19, exacerbado por la flexibilización de las medidas de bloqueo. El gobierno ha impulsado algunas reformas agrícolas y del mercado laboral, pero un sistema bancario obstaculizado por préstamos incobrables sigue siendo una restricción poderosa para el crecimiento.

A Brasil y Rusia les ha ido poco mejor. Ambos han experimentado contracciones económicas sustanciales y tienen pocas palancas políticas disponibles para reactivar el crecimiento.

El único país que está experimentando una fuerte recuperación es China, donde, gracias en gran parte al aparente éxito del país en controlar el virus, tanto la producción industrial como los servicios se han recuperado. Las ventas minoristas y la inversión del sector manufacturero también se han recuperado. Según muchos indicadores, el desempeño económico del país es ahora incluso más sólido que antes de la pandemia.



No obstante, a diferencia de la crisis financiera mundial de 2008, el sólido desempeño de China probablemente no contribuirá mucho a apuntalar al resto de la economía mundial, sobre todo debido al creciente impulso hacia la desglobalización. La “ estrategia de circulación dual ” recientemente revelada por China, mediante la cual el país dependerá cada vez más del ciclo interno de producción, distribución y consumo para su desarrollo a largo plazo, reforzará esta tendencia.

Para empeorar las cosas, los bancos centrales ahora tienen mucha menos potencia que después de la crisis de 2008. Sin duda, los principales bancos centrales han retirado todos los frenos desde que comenzó la crisis del COVID-19, buscando una expansión monetaria sin precedentes para respaldar la actividad económica y, en algunos casos, para defenderse de la deflación. Algunos, sobre todo la Reserva Federal de EE. UU., Incluso han ajustado sus marcos de política para señalar la tolerancia a una inflación más alta. Los bancos centrales de algunas economías avanzadas más pequeñas, como Australia y Nueva Zelanda, y las economías emergentes, como India, también han recurrido a medidas no convencionales.

Pero los límites de la política monetaria para impulsar el crecimiento son cada vez más evidentes. Mientras tanto, las compras a gran escala de bonos corporativos y gubernamentales, junto con la financiación directa de empresas, están generando graves riesgos, entre ellos la independencia del banco central.

En este contexto, los gobiernos solo tienen una buena opción: mayores estímulos fiscales agresivos, idealmente en forma de gastos gubernamentales bien focalizados que podrían estimular la inversión privada. Independientemente de los riesgos que pueda generar el aumento de la deuda pública, no se comparan, especialmente en el entorno actual de bajas tasas de interés, con el dolor económico a largo plazo que enfrentarán los países sin dicho estímulo.

Sin embargo, para ser eficaces, las medidas fiscales deben complementarse con estrategias coherentes de contención de virus, que permitan de manera creíble una reapertura económica segura. Sin estas estrategias, la demanda y la confianza permanecerán moderadas y el crecimiento mundial seguirá vacilando en el futuro.